

TALLER CRÍTICO LA PALABRA IGNORADA

R.J. Lovera De-Sola (*)

Inés Quintero (1955) explora en *La palabra ignorada* (Caracas, Fundación Polar, 2007, 270 p.) algunas historias que según su propio decir hacen de la mujer en Venezuela el “testigo oculto” de su acontecer. En verdad no siempre ha sido así y aquí está al menos la historia de doña Dominga Ortiz (1792-1875), la esposa del general José Antonio Páez (1790-1873), una personalidad con signo propio, quien para nada pasó inadvertida en el tejido de nuestro acontecer en el siglo XIX, la cual abocetea muy bien la autora.

Al escribir *La palabra ignorada* no se le escapó a su autora un hecho central: “la atención hacia el tema de la historia de la mujer, como un problema complejo y asociado a la historia social y cultural en nuestro país, es asunto reciente” (p. 78).

El punto de partida de tan esclarecedor libro lo explica al señalar en las primeras páginas: “Es precisamente este amplísimo espectro de asuntos por conocer lo que animó la realización de una investigación cuyo primer resultado es este libro. El propósito de la misma fue buscar y recuperar las voces y testimonios provenientes directamente de las mujeres, aproximarnos al universo femenino de manera más íntima a fin de conocer su vida interior, sus vicisitudes domésticas, sus afectos, problemas, angustias, pasiones, acreencias, demandas, expectativas, sentimientos.... Por ello consideramos indispensable recuperar en los archivos la palabra de la mujer, ignorada y sepultada entre los expedientes civiles y criminales e la Colonia, entre los

(*) Escritor, ensayista, crítico literario y bibliógrafo.

legajos y oficios administrativos de las dependencias gubernamentales, en los juicios de divorcio, en los documentos sobre la esclavitud, en los papeles de los hombres públicos, en la correspondencia oficial, en los informes eclesiásticos” (p. 14). Prosigue anotando: “De la revisión realizada durante la investigación seleccionamos los documentos, testimonios y expedientes que nos permitieron elaborar las ocho historias que forman parte de este libro” (p. 15). Con esos papeles pudo darse cuenta de “la riqueza y posibilidades que ofrece el estudio de estas voces ignoradas” (p. 16) y por ello optó por ofrecernos “ocho historias escritas desde la mujer, a partir de sus palabras, de sus propios testimonios” (p. 19), todo hecho para que se viera en nuestras féminas que “sus vivencias, experiencias, reclamos, emociones, luchas y fracasos forman parte de la historia de la mujer venezolana, una realidad rica y compleja sobre la cual todavía queda mucha tela que cortar” (p. 197). A esos tejidos a los cuales apenas se les ha tomado en cuenta, en el pasado y en el presente, sobre todo durante el postgomecismo, nos referimos en la última parte.

Se dio cuenta Inés Quintero al hacerlo, antes de entrar en el grueso de la historia que nos comunica que por ejemplo, y esto es muy importante para la primer aparte, que “No existen en la tradición historiográfica venezolana estudios sobre la esclavitud femenina” (p. 78).

Y por ello también indica “Nos interesa, exclusivamente, destacar las posibilidades que ofrece la exploración y análisis de los testimonios, denuncias, reclamos, vivencias y pareceres de las esclavas como una manera de profundizar en el horror y violencia del régimen de la esclavitud en Venezuela y también como una forma de conocer las contradicciones, conflictos y problemas que suscitó en las esclavas su condición femenina a la hora de procurar la obtención de su libertad, como madres, como esposas o como concubinas de sus amos” (p. 79).

Y la mujer estaba tan marginada que uno de los expedientes estudiados por Inés Quintero, el de Dominga Ases, una mujer a quien el esposo apaleó, se lee lo que se consideraba de la mujer en aquellos días: “el marido es cabeza de la mujer, superior y como maestro y así solamente causa y de no faltaría y perjudicaría su propia conciencia” (p. 101). De tal concepción tales prácticas, abominables casi siempre. Y no lo decimos con los ojos de hoy, porque ello sería imposible para entender la historia, sino desde la perspectiva de aquel momento. Los hombres se consideraban la “cabeza de la mujer,

superior y como maestro” por ello las mujeres dependían de ellos de aquella forma. Y por ello las únicas mujeres libres de la colonia, a nuestro entender, y según nuestros propios estudios y opinión, eran las monjas porque eran las únicas que escogían su destino por sí mismas. Aunque las viudas al morir sus maridos podían tomar las riendas de su vivir y administrar sus patrimonios, cosa de la madre de Simón Bolívar, doña María de la Concepción Palacios. Por ello muchas viudas no se volvían a casar. Las casadas dependían de las “cabezas, superiores y maestros” que dice el documento y las solteras de los hermanos, de allí la autonomía de la cual gozaban las viudas, muchas no se volvieron a casar por no caer en los yugos de los maridos. Así las verdaderamente libres en aquellos siglos eran las monjas que fueron las únicas que pudieron escoger sus propios senderos vitales por sí mismas.

Hay aquí en *La palabra ignorada* historias de mujeres de la colonia, sobre todo esclavas y la dolorosa historia de una mujer maltratada, Dominga Ases quien fue salvajemente golpeada por su marido el 8 de diciembre de 1796, esto llena toda la segunda parte. Son todas estas lo que se denomina relatos de la vida cotidiana porque en ella se situaron la mayoría de las protagonistas de estos recuentos casi siempre dolorosos. En este sentido toda esta parte del libro constituye una contribución a hacer luz en aspectos del vivir venezolano en la colonia, del existir de varias mujeres que nos sirven de paradigmas para entender aquellos días.

En la parte relativa a las mujeres esclavas nos ha llamado mucho la atención que Inés Quintero, siempre tan perspicaz, no haya podido entender el por qué de los actos, sucedidos en 1739, de una mujer llamada Anna María, su apellido no lo citan las fuentes, cuyo amo le había ofrecido la libertad si le paría y dejaba ocho hijos, que indefectiblemente serían esclavos. El amo no cumplió y ella reclamó ante las autoridades. Pese a todo la autora anota que la actitud de esta mujer no la pudo entender ni como mujer, ni como madre, ni como historiadora (p. 74), lo cual nos llenó de perplejidad porque la libertad es tal don que hasta el sacrificio ofrecido por esta muchacha es posible, hay que entenderlo. Comprender a Anna María tiene sentido por ser la libertad e bien máspreciado del ser humano, el miedo a la libertad es el peor pecado. La libertad es lo que más se desea, el que no se quiere perder. Pero era una idea bien divulgada en aquella sociedad a través del ideario de los filósofos de la Ilustración, que si bien no podían ser leídos por una esclava seguramente analfabeta, sí se escuchaban y propagaban verbalmente en la

sociedad de aquel tiempo. Y pronto vendría, después de 1789, el “contagio haitiano” y la rebelión de los negros en St. Dominique, conducida por Toussaint Louverture (1791), a la cual tanto miedo tuvieron los mantuanos. Pasajes de los escritos de Miranda y Bolívar avalan nuestra afirmación, por ese temor el Libertador dejó de ser Jacobino. Pero la libertad, y fue sin duda, lo que sintió Anna María, es tendencia innata en el ser humano. Y en la sociedad provincial, lo podía ver Anna Marí, habían mujeres libres. Por ello si la podemos entender.

De este libro es impecable el análisis de la figura de doña Dominga Ortiz, la siempre fiel esposa de Páez, quien se retiró silenciosamente cuando éste se enamoró y se fue a vivir con su amante Barbarita Nieves. Y quien cuando muerta ésta, en 1847, y perseguido el caudillo por su máximo error político, reapareció en su vida en 1848 y lo protegió, tal como nos lo cuenta, con pormenor y magnífica y amplia documentación Inés Quintero. Y lo hizo Dominga en los años sucesivos hasta el deceso del Centauro. Páez pudo haberse vuelto a unir con ella, pero sin duda el amor por Barbarita fue muy grande en él, le fue siempre leal a aquello que sintió hasta el punto de no conocersele ninguna mujer en su vida después de fallecida Barbarita. Así fue.

Doña Dominga, heroína de la Independencia y no sólo la simple esposa de un patriota, fue una de aquellas mujeres realizadas de nuestro siglo XIX, una centuria que fue de mucho padecer para nuestras mujeres, sobre todo para las casadas, tanto que una exposición de retratos de mujeres de esa época que organizó hace pocos años Carlos Duarte en la “Galería de Arte Nacional” las únicas dos mujeres que sonreían eran las dos únicas solteras del conjunto de aquellos cuadros: el hecho que describimos demasiado gráfico. ¡Pobrecitas! En cambio Dominga no fue así.

En cambio Ana Teresa Ibarra, la bellísima mujer esposa del general Antonio Guzmán Blanco (1829-1899) cosa que podemos ver en el retrato suyo que están en la p. 219, una más de nuestra galería de grandes bellezas, tan encomiadas ya en pleno siglo XIX por don Cecilio Acosta (1818-1881) quien vaticinó que las nuestras serían consideradas las más bellas de la tierra (*Obras completas*, ed. 1982, t. II, p. 445).

Ana Teresa Ibarra fue una de ellas. Pero sin embargo al encontrarla en *La palabra ignorada* no podríamos preguntar por qué está aquí, quizá por haber

encontrado Inés Quintero tan amplia documentación sobre ella, porque Ana Teresa pese a ser hija de un prócer y edecán del Libertador (p. 202-203), miembro de una familia adicta a la política siempre, y por ello una buena esposa para un presidente como Guzmán Blanco, insoportable marido que como indica Inés Quintero, “Hasta en los mínimos detalles se inmiscuye” (p. 209), no pasó de ser una mujer más, ella sí de constante silencio porque APRA nada permitió aquel terrible esposo que actuara más allá del cerco del hogar, apenas si pudo expresarse a través de sus cartas privada al Ilustre Americano que hasta ahora apenas habían sido examinadas como lo hace Inés Quintero.

Así si bien la magnífica doña Dominga forma parte de aquellas que “no fueron indiferentes ni se mantuvieron al margen de los asuntos públicos y que procuraron manifestar sus pareceres y opiniones... de manera pública y comprometida como lo hizo Dominga” (p. 256).

Ello no lo pudo hacer Ana Teresa, que con el tiempo se fue tornando en la mujer triste y taciturna que nos permiten observar sus fotos, porque APRA nada podía opinar. Y quizá cuando lo hizo aquel intolerable machista que era Guzmán Blanco ni siquiera la escuchó. Y lo hizo tan poco que Ana Teresa tuvo hasta que soportar que la amante del presidente viviera bajo el mismo techo, en su casa de la esquina del Conde. Fue la atractivísima Anastasia, hermana de Ana Teresa. Y es una lástima que Inés Quintero no haya tratado el punto porque no es para nada un chisme. Hay elementos para ser considerados. Al menos dos muy significativos, incluso psicológicamente. A Tasia, como todos le decían, sin duda la hembra como Ana Teresa era la niña bella, fue a quien Guzmán Blanco en su testamento (mayo 31, 1884) legó mayor cantidad de bienes, peculios que no dejó a nadie más. Su querida Tasia murió antes que él. Sin embargo, en el momento de producirse el deceso el entonces presidente Ignacio Andrade, que como liberal cercano a Guzmán Blanco conocía muy bien la historia de su relación con Tasia le escribió a París una carta dándole pésame. Guzmán le contestó inmediatamente agradeciéndole el texto (junio 8, 1899). Y esta fue la última carta que Guzmán escribió en vida porque murió veinte y ocho días más tarde en la ciudad Luz (julio 28, 1899), misiva precisamente sobre su amada Tasia. El deceso de Tasia dijo, según sus propias palabras, “me deja en la mayor aflicción”. Tal el hecho, subrayado tantas veces por la tradición, los recuerdos de los caraqueños que han pasado oralmente de generación en generación. Fue “de Tasia y no de

Ana Teresa de quien enamoró” (Tomás Polanco Alcántara: *Guzmán Blanco, tragedia en seis partes y un epílogo*, ed. 1992, p. 839). En esto, pese a los testimonios que hemos citado, no se debe olvidar lo que dice el paraguayo Augusto Roa Bastos /1917), “la tradición oral es la única fuente de comunicación que no se puede saquear, ni robar, ni borrar” (*Vigilia del almirante*, ed. 1992, p. 78).

Y una sugerencia: hay que hacer en estos tiempos, por diversas vías, lo que se le ha presentado a nuestra sociedad intelectual: la posibilidad de hacer un más amplio estudio sobre la mujer en la historia y en las letras del país. Sobre todo a aquellas de importante actuación, a aquellas que pese a ser seres de “palabra ignorada” ejercieron siempre la “influencia oculta y feliz” en la vida del país la cual se refirió Teresa de La Parra (1889-1936) en sus célebres conferencias bogotanas de 1930, *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana* (Caracas, Fundarte, 1991, 126 p.), el primer libro del feminismo venezolano. Por ello hay que buscar aquellas, distintas, claro, a Ana Teresa Ibarra, que si dejaron huella. Aunque parezca lo contrario existieron, estuvieron situadas dentro del testimonio libertario en lo que aquí en *La palabra ignorada* encontramos en el caso de Anna María en el siglo XVIII y más allá del que no se las nombrara por su nombre y apellido, como un caso que encontramos en las columnas de *La Opinión Nacional* (mayo 6, 1881).

Su presencia fue grande, Y más una sociedad matricentrista como lo es la nuestra. Y no sólo en el siglo XX. Hay que explorar mucho los archivos, sobre todos los privados, en búsqueda de esos testimonios. Piénsese que la primera mujer que ejerció poder político entre nosotros, doña Aldonza Villalobos, lo hizo en Margarita en el siglo XVI, que sería interesante buscar más datos sobre nuestra primera poeta y escritora, nacida en el siglo XVII, Sor María de los Ángeles (1765-¿1818?), continuar las búsquedas de la actividad durante la emancipación, incluso más allá de las sólo Heroínas, descubrir con precisión el significado de la primera huelga que hubo en Venezuela, que fue femenina, la de las lavanderas de los hospitales de Valencia en 1818, en pleno régimen realista.

Y en el siglo XIX no sólo fue Teresa Carreño la primera y universal mujer del país, el sexto gran personaje de nuestra historia, atrás sólo están Miranda, Bolívar, Bello, Sucre y Simón Rodríguez. Ver con interés el desarrollo de la literatura escrita por mujeres en el siglo XIX de la que conocemos su testimonio, el significado del gran grupo cultural mujeril de Coro que capitaneó

Polita de Lima (1859-1944), fue precisamente una de ellas, Virginia Gil de Hermoso (1857-1913), la primera novelista venezolana en lograr gran eco con sus novelas románticas, nuestras abuela lloraron al leerlas. Y pudo ser, el libro no se publicó sino medio siglo después, la autora de la primera novela social venezolana en la cual se ve una gran tragedia nacional con ojos de mujer. *El recluta* es su título. Fue el mismo tema al que dio vida Gonzalo Picón Febres (1860-1918) en *El sargento Felipe* (1899). A ellas siguió nuestra mayor creadora de ayer y de hoy: Teresa de la Parra, cuyo vivir y escribir seguimos rondando como nos lo muestra un reciente estudio, clarificador de su condición humana y de su elección sexual, que debemos a Ana Teresa Torres (“La mutilación de la memoria: los papeles privados de Teresa de la Parra” en varios autores: *La ansiedad autorial*, ed. 2006, p. 253-273). Y de allí el entrelace será amplio y es más conocido pero no suficientemente estudiado: la presencia de las mujeres el año 1928, todo lo hecho por ellas durante los siguientes siete años, en los cuales el movimiento femenino echó sus raíces cosa que no se ha visto, lo cual hizo posible el *Mensaje* al presidente López Contreras (diciembre 30, 1935) que es el primer gran documento del feminismo venezolano, aunque sus autoras no se denominaran así, en el cual la mujer tomó la palabra y pidió por ella y por los niños.

Como se verá el espacio para todo esto es muy amplio. Y lo que puede ser encontrado de suma importancia e interés y de trascendencia dentro de nuestra historia contemporánea, tanto por sus logros a favor de la mujer y los infantes, la incorporación de la mujer a la vida del país, sin ser ya más “testigo oculto”, el logro de los derechos civiles (1942) y políticos (1947), el desarrollo de la literatura escrita por mujeres que llevó a la creación de la “Biblioteca femenina venezolana”, el significado de la novela y el cuento escrito por mujeres y la implantación de la educación mixta (1944) por el ministro Rafael Vegas (1908-1973), hombre profundamente relacionado con el movimiento de nuestras mujeres, lo cual permitió la presencia femenina de la cual hoy gozamos.

Y hay que añadir también a ese examen lo que nosotros hemos denominado la “cultura familiar”, la casera, la recibida por las mujeres tras las puertas de los hogares, que es la que explica la preparación que exhibieron nuestras féminas a lo largo del tiempo, la formación intelectual que subyace tras Sor María de los Ángeles, nuestras escritoras del siglo XIX y XX, en las damas del grupo de Coro, en nuestras escritoras hasta los años cincuenta del

siglo XX y también en nuestras feministas, hay que ver lo que sabían de la mujer y el niño, casi sin salir de sus hogares, con el acceso a los libros que estaban en las casas, con las obras con las cuales se habían formado los varones para llenar la escena pública de la manera que lo hicieron desde el 30 de diciembre de 1935 con su célebre *Manifiesto*. ¿Cómo se explica ello cuando a las mujeres no se les permitía ni siquiera estudiar el bachillerato?, las excepciones fueron Lya Imber, nuestra primera médico y Panchita Soubllette Saluzzo, nuestra primera abogada. Panchita iba cada día a la universidad escondida de su familia, mintiéndoles, para poder estudiar su carrera como jurisprudente. Ello nos obliga a estudiar lo que denominamos la “cultura familiar” para poder estimar la preparación de la mujer venezolana, máxime cuando las mujeres como conjunto comenzaron a graduarse en la universidad en los años finales de la década del cuarenta y desde los años cincuenta, esto último gracias a la decisión del ministro Vegas quien sabía, había estudiado en Europa, que era imposible concebir un país contemporáneo sin la presencia activa de la mujer. He aquí, en todo esto que decimos, un interesante y decisivo tópico para ser examinado con atención, quizá en una tesis de licenciatura, maestría o doctorado para alguna de nuestras investigadoras actuales. Sin esta indagación no puede ser entendido el proceso femenino venezolano.

Como se verá es casi inédito lo que se ofrece a nuestra consideración y a la tarea de los investigadores. Inés Quintero ha puesto, muy lúcidamente, la primera piedra con su tan interesante libro.